**Titular:** La batalla mundial de alto riesgo por los aranceles de Trump

Por John Ross

**Biografía del autor:** Este artículo ha sido elaborado por [Globetrotter](https://globetrotter.media/) y [No Cold War](https://nocoldwar.org/). John Ross es investigador sénior del Instituto Chongyang de Estudios Financieros de la Universidad Renmin de China. También es miembro del comité organizador de la campaña internacional No Cold War. Sus artículos sobre la economía y la geopolítica de China y los Estados Unidos se han publicado ampliamente en Internet y es autor de dos libros publicados en China, *Don't Misunderstand China's Economy* (No malinterpreten la economía china) y *The Great Chess Game* (El gran juego de ajedrez). Su libro más reciente es *China's Great Road: Lessons for Marxist Theory and Socialist Practices* (El gran camino de China: lecciones para la teoría marxista y las prácticas socialistas). Anteriormente fue director de política económica del alcalde de Londres.

**Fuente:** Globetrotter y No Cold War Perspectives

**Etiquetas:** Trump, Norteamérica/Estados Unidos, Comercio, Europa, Historia, Economía, Política, Noticias, Opinión, Norteamérica/México, Norteamérica/Canadá

**[Cuerpo del artículo:]**

La “guerra arancelaria” de Trump no es una cuestión que afecte única o principalmente a la economía estadounidense. Se trata de un intento de someter todo el sistema comercial mundial al control unilateral de los Estados Unidos, eliminando cualquier elemento mínimo de negociación multilateral.

En esencia, los Estados Unidos, a pesar de representar solo el 11% del comercio mundial y el 4% de la población mundial, exige el derecho a dictar unilateralmente las reglas del comercio mundial al resto del mundo.

Si Trump tiene éxito en su empeño, las consecuencias serían devastadoras y profundamente negativas. El comercio representa actualmente el 58% del PIB mundial, lo que significa que los medios de vida de más de 8000 millones de personas se verían directamente afectados por el resultado de este enfrentamiento.

Sin embargo, las cifras también muestran la debilidad objetiva de la posición global de Trump: el 89% del comercio mundial no es con los Estados Unidos. Si otros gobiernos resisten esta presión, Trump no podrá salir victorioso. Por lo tanto, depende de la voluntad de algunos gobiernos de renunciar a los intereses de sus pueblos y de sus países y capitular ante las exigencias de Washington. Lamentablemente, a juzgar por lo ocurrido en el pasado, existe el peligro de que algunos gobiernos hagan precisamente eso. Por ello, es fundamental que los pueblos del mundo y las fuerzas progresistas y democráticas comprendan lo que está en juego y se opongan a este proyecto.

**El sistema de la OMC**

Hay que subrayarlo claramente: el actual sistema comercial mundial, encarnado en la Organización Mundial del Comercio (OMC), es en sí mismo fundamentalmente defectuoso e injusto. Si bien la OMC funciona formalmente según el principio de “un país, un voto”, en la práctica los acuerdos comerciales son negociados a puerta cerrada por las grandes potencias capitalistas. Los países ricos siguen protegiendo sus propias industrias con aranceles elevados en sectores en los que los países en desarrollo son competitivos. Imponen barreras técnicas, como los derechos antidumping, para bloquear las exportaciones del Sur Global.

Las empresas multinacionales, cuya sede se encuentra en su gran mayoría en el Norte Global, tienen una influencia privilegiada dentro del sistema de la OMC. Las políticas sociales y de desarrollo progresistas quedan excluidas de la toma de decisiones de la OMC. El Acuerdo sobre los ADPIC (Aspectos de los Derechos de Propiedad Intelectual relacionados con el Comercio) da prioridad a los beneficios de las empresas sobre el acceso a los medicamentos y la tecnología. El Acuerdo sobre la Agricultura (AoA) permite el dumping crónico de las exportaciones de alimentos subvencionados del Norte Global, al tiempo que no protege a los pequeños agricultores del Sur Global, lo que da lugar a crisis devastadoras, como los suicidios de agricultores en países como la India.

A pesar de estas deficiencias, los socialistas y los demócratas han comprendido desde hace tiempo que la elección rara vez es entre un sistema bueno y uno malo, sino entre un sistema defectuoso y otro peor. No reconocerlo puede conducir a graves errores.

**Mientras tanto...**

Un ejemplo clásico es la posición hacia la democracia capitalista. Si bien es cierto que la democracia liberal opera en última instancia dentro del marco de la dominación capitalista – donde el capital privado controla la economía, los medios de comunicación y las elecciones están fuertemente dominados por la riqueza, y se recurre a golpes militares para derrocar los sistemas democráticos si se desafía el dominio del capital – , las fuerzas progresistas siguen reconociendo la necesidad de defender la democracia parlamentaria frente a las amenazas fascistas o autoritarias. Lenin y Gramsci dejaron esto claro durante las primeras luchas contra el fascismo en Italia en la década de 1920, enfrentándose a aquellos miembros de la izquierda que no comprendían esta distinción.

A veces, incluso hay que aliarse con potencias imperialistas. Por ejemplo, el presidente Franklin D. Roosevelt era el líder del imperialismo estadounidense, cuyo objetivo era establecer el dominio global de los Estados Unidos, mientras que el primer ministro británico Churchill era racista y antisemita, responsable de atrocidades como la hambruna de Bengala de 1943. Sin embargo, la Unión Soviética se alió acertadamente con los Estados Unidos y Gran Bretaña para luchar contra la amenaza aún mayor que representaban la Alemania nazi y el militarismo japonés. Las fuerzas progresistas también apoyaron esa alianza, y no haberlo hecho habría sido un error catastrófico.

El objetivo de Trump no es reformar o mejorar el actual sistema comercial mundial, por muy defectuoso que sea. Se opone a él precisamente porque incluso sus mínimas normas multilaterales limitan el dominio estadounidense. Su objetivo es sustituir el multilateralismo por un sistema basado únicamente en acuerdos bilaterales en el que los Estados Unidos pueda utilizar su peso para dominar individualmente a sus socios más pequeños.

Un sistema así supondría un gran retroceso incluso en comparación con la OMC. Eliminaría incluso las modestas protecciones que ofrece el multilateralismo y las sustituiría por condiciones arbitrarias dictadas por los Estados Unidos, vulnerables a cambios repentinos en función de los intereses de Washington.

**México**

Un ejemplo claro es México. En 1992, México firmó un acuerdo trilateral con Estados Unidos y Canadá: el TLCAN. Durante su primer mandato, Trump descartó el TLCAN en favor del T-MEC, un acuerdo más favorable a los intereses estadounidenses. Ese acuerdo seguía permitiendo que aproximadamente la mitad de las exportaciones mexicanas entraran sin aranceles, y muchas otras solo se enfrentaban a un arancel del 2,5%. Pero en su segundo mandato, Trump declaró que esto seguía sin ser lo suficientemente favorable e impuso un arancel del 25% a la mayoría de los productos mexicanos no cubiertos por el T-MEC. Canadá se enfrentó a un trato similar.

El modelo de Trump es claro: quiere un régimen comercial mundial en el que los Estados Unidos pueda cambiar las reglas a su antojo, penalizando a cualquier país que considere demasiado exitoso o políticamente inconveniente.

Dado que esto socava claramente los intereses de casi todos los demás países, cabría suponer que todos los gobiernos se opondrían a un sistema así. Y es cierto que los Estados Unidos no puede imponer este modelo de forma unilateral, ya que solo representa el 11% del comercio mundial. Pero la experiencia demuestra que algunos gobiernos ceden a la presión estadounidense, incluso a costa de grandes sacrificios para sus propios países.

Europa es el caso más grande y claro. Los gobiernos de Europa occidental respaldaron políticas desastrosas de los Estados Unidos, como la expansión de la OTAN, que condujo a la guerra en Ucrania. Esa guerra no solo causó un sufrimiento humano enorme, sino que también rompió los lazos energéticos de Europa con Rusia, lo que provocó un aumento considerable de los precios de la energía en Europa y dañó profundamente las economías y el nivel de vida europeos. Estas decisiones fueron contrarias a los propios intereses económicos, sociales y geopolíticos de Europa.

México y Canadá han anunciado que tomarán represalias contra los aranceles estadounidenses. China, la mayor potencia comercial del mundo, ha declarado que sancionará a cualquier país que, bajo la presión de los Estados Unidos, adopte medidas comerciales hostiles contra las exportaciones chinas. La presidenta de México, Claudia Sheinbaum, se ha opuesto públicamente a la presión estadounidense y ha defendido la soberanía de México. Los resultados de las elecciones canadienses también muestran una fuerte oposición a la subordinación a las exigencias de los Estados Unidos.

Es fundamental la comprensión y la resistencia de los pueblos de los países, que exigen a sus gobiernos que se opongan a estas acciones de los Estados Unidos. La lucha no se limita a los aranceles. Se trata de si el futuro del comercio mundial estará determinado por un sistema comercial fundamentalmente defectuoso, que requiere mejoras drásticas, pero que contiene al menos algunos elementos mínimos de negociación multilateral y compromiso, o si estará determinado exclusivamente por el poder unilateral de los Estados Unidos. Como tantas veces en el pasado, pero sin evasivas, los socialistas deben defender un sistema fundamentalmente defectuoso frente a otro que es aún peor.